
Una de piratas



El barco llegó a la costa y todos los piratas se prepararon para tomar tierra. La alegría de llegar a la isla era contagiosa hasta que hizo su aparición en cubierta el segundo de a bordo y todos enmudecieron. Pasó entre ellos, con la barbilla levantada y una sonrisa de triunfo. Era una sorpresa ver a su joven piratilla vestida como una mujer y de repente rompieron a carcajadas mientras ella les golpeaba aparentemente ofendida.

“Una dama nunca se comportaría así, mademoiselle”, reía uno.

“Menuda sorpresa se llevará nuestro capitán cuando la vea”

“¡Sobretudo cuando descubra las botas agujereadas debajo de sus enaguas!”

No le quedó más remedio que aguantar sus chanzas, pues había sido la misma Bruja de la Ciénaga quien le había dicho que debía llevar aquellas ropas si quería tener éxito en la misión.

El rumor de aquellos comentarios se fue apagando mientras ella subía por la empinada colina. El resto de visitantes solían tomar el camino de arena blanca, pero ella tomó el de arena negra, denominado “Camino Negro”, a sabiendas de que era el único que le llevaría a su destino. Se había propuesto salvar al capitán y nada ni nadie se lo impediría ahora que había llegado tan lejos.

O eso pensaba antes de llegar a una arboleda y encontrarse con el primer enemigo: sentado en una roca le esperaba un león de mirada fiera.

“No parecéis un turista. ¿Qué se os ofrece en este apartado lugar?”

“He venido a llevarme al Capitán Cockle”, respondió con gravedad.

El león sacudió la melena en un gesto puramente felino sin apartar sus ojos dorados del intruso.

“Eso está por ver”, respondió amenazante. Instintivamente la joven apretó la palma sobre una de sus piernas, en cuyo muslo, debajo de todas las ropas, escondía su trabuco. El león saltó de la roca plantándole cara pero ella no retrocedió. Su voluntad superaba con creces el miedo que le inspiraba un animal de ese tamaño.

“Eres valiente, jovencita, pero no conseguirás salvar a Cockle sólo con eso.”, replicó el león admirado. “Te guiaré a donde está.”

Aunque desconfiaba de él, no le quedaba más remedio que seguirlo. Ambos se adentraron en la densa arboleda perdiendo de vista el mar, los piratas y el Galeón Púrpura. A medida que avanzaban el bosque parecía más y más sombrío. El Camino Negro había desaparecido y ella había perdido las referencias. ¿Cómo harían para volver?, se preguntaba cada vez más asustada. El león a veces se giraba para comprobar si ella seguía detrás; en el fondo admiraba su osadía.

Finalmente llegaron a un inmenso claro, donde se alzaba una diminuta fortaleza, iluminada por rayos cegadores. En la puerta unos guardias, vestidos de bufones, jugaban a las cartas.

“7 de corazones, 7 de picas y 7 de tréboles”, dijo uno con una gran sonrisa mostrando su mano al contrario.

“¡Tramposo, tramposo!”, exclamó el otro levantándose de la silla y cogiendo a su contrincante por el cuello del colorido jersey. “¡Te he visto cómo sacabas las cartas del jubón!” Y al tiempo que lo decía le sacudía mientras innumerables naipes salían de sus mangas.

El rugido del león les sobresaltó y los dos guardias se colocaron cada uno en un lado de la puerta.

“Una visita para el Capitán Cockle”, explicó la bestia antes de dar media vuelta y marcharse. Una vez desapareció entre la maleza los dos guardias se codearon mientras contemplaban a la joven con una expresión jactanciosa.

“Es una pena, pero el prisionero no recibe visitas”, dijo el tramposo.

“Es una pena, sí. Haber llegado tan lejos para nada”, continuó el segundo. Y ambos se echaron a reír como si hubieran dicho algo muy gracioso.

“He venido a llevarme al Capitán Cockle”, repitió ella con el ceño fruncido. Estaba acostumbrada a que los piratas no la tomaran en serio y no cedería a sus burlas.

“¡No seas ridícula!”, exclamó el primero.

“¡Ri-dí-cu-la!”, coreó el tramposo.

“El Capitán Cockle ni siquiera sabe quién es”

“¡No! Lo ha olvidado todo ¡incluso el mar!”

“¡Malditos seáis, ojala algún día se os coman las lenguas!”, rezongó la joven perdiendo la paciencia. Les empujó y cruzó el umbral de la entrada dejándolos atrás.

“¡Jajaja, las lenguas, dice!”, reían los dos bufones tirados en el suelo cubierto de cartas mientras se apretaban las tripas.

La joven corría entre las calles buscando la manera de entrar en el edificio principal, pero tomara la dirección que tomara siempre acababa en el mismo lugar, una pequeña plaza en la que había una fuente y un puesto de pescado salado. Éste último lo atendía una mujer entrada tanto en años como en carnes, quien bajo su rostro enjuto no perdía ni uno de sus movimientos. Quizás pudiera ayudarla.

“Señora, por favor, necesito encontrar al Capitán Cockle, ¿sabe dónde está?”

“Tu búsqueda es inútil; el Capitán Cockle ya no pertenece a este mundo, jovencita”, le respondió con indiferencia. “¿Por qué no te quedas a comer con nosotros?”

Rechazó amablemente la invitación pero lo volvió a intentar con todo aquel con el que se cruzaba. Sin embargo todos parecían sufrir de la misma locura: según ellos Cockle ya no existía.

Desesperada sacó su brújula y observó como las agujas daban vueltas sin marcar una dirección concreta. ¡El mundo se había vuelto loco! Se sentó en la fuente de la plaza principal, frente a la pescadera, tratando de averiguar qué podía hacer para salir de aquella situación, cuando cayó en la cuenta de que a nadie de allí le importaba ni el Capitán Cockle, ni ella misma. Recordó las palabras del león y entendió su significado: no sólo se trataba de tener valor, además había que tener pericia. Tenía que comprender el funcionamiento de aquella extravagante ciudad para poder avanzar.

Se levantó de un salto y se dirigió a la vendedora de pescado.

“Lo he pensado mejor y creo que me gustaría comer con vosotros”

Nada más pronunciar estas palabras la ciudad a su alrededor cambió, se llenó de gente colorida, espectáculos malabaristas, música en las calles... el ambiente festivo la rodeaba por doquier. La vendedora, ahora con ropas vistosas y el rostro exageradamente maquillado la tomó del brazo y la arrastró hacia un punto del muro. Antes de darse cuenta ambas estaban junto con más convidados dentro del edificio principal, donde se celebraba un sustancioso banquete, presidido por un extraño personaje que la joven reconoció de inmediato.

“Conde Courgette, todo esto tenía que ser obra vuestra.”, escupió la joven enfurecida. El Conde sonrió haciendo sonar los cascabeles de su gorro.

“¡Bienvenida, mi hermosa dama! Sabía que no me fallarías, acércate, había reservado un asiento especial para ti”, le dijo señalando con la palma abierta una silla libre junto a la suya.

“He venido a llevarme al Capitán Cockle”

“Oh, pobrecita, me temo que Cockle ya no sea la persona que recuerdas.”

La joven sacó un trabuco debajo de su falda provocando el pánico entre los invitados, que se escondieron bajo sillas y mesas. La música dejó de sonar.

“¿Qué le has hecho, sabandija?!”

El Conde se levantó tranquilamente a pesar del arma que le apuntaba y alzó los hombros con indiferencia.

“Por favor, mi pequeña fruta, no te enojas conmigo, no ha sido culpa mía”

“Habla, ¿dónde está Cockle?”, masculló impaciente sin bajar el arma.

“De acuerdo, no quería que sufieras una decepción, pero si así lo deseas te lo mostraré. ¿Ves la puerta que hay tras de mí? Él está ahí, pero tienes que saber que tu capitán ya no es él.

“Apartaos, Conde, y como sea una trampa no dudaré en dispararos, creo que conocéis bien mi puntería.”

“Por supuesto, mi bella joven”, respondió frotándose el hombro izquierdo con una sonrisa cínica. Bajo las ropas una cicatriz conservaba el recuerdo de un disparo que antaño ella le provocó, defendiendo precisamente a la misma persona que ahora se suponía en la habitación contigua.

La joven se acercó a la puerta que le había señalado y sin dejar de apuntar al Conde se asomó a través del hueco de la rendija. El corazón le dio un vuelco al reconocer el perfil de Cockle.

“¡Mi capitán!”, exclamó esperando que él la viera, pero el noble aprovechó ese instante para empujarla al interior de la habitación y desarmarla.

Efectivamente aquél era Cockle, estaba sentado en una silla, con las piernas y brazos relajados, mirando a un punto imaginario de la pared. A los pocos segundos se percató de la presencia de ambos en el cuarto y los miró tranquilamente sin dar muestras de emoción alguna. ¿Qué le había sucedido?

“Robert...”, le llamó por su nombre de pila, pero él se limitó a mirarla sin emoción como si no tuviera nada que ver en aquella historia. La risa del Conde rebotó en toda la habitación. Una hermosa luz anaranjada se derramaba sobre los tres rostros. No era la primera vez que se encontraban en aquella situación. En aquel entonces ella seguía teniendo el arma y con ella había evitado que el Conde acabara con la vida de Robert Cockle, pero esta vez los papeles se habían invertido y era Courgette el que controlaba la situación mientras el impassible capitán permanecía al margen, como un mero espectador.

La joven aún desde el suelo no dejaba de mirar a Robert, suplicándole en silencio que hiciera algo para evitar que el Conde se saliera con la suya.

“Es inútil, mi dulce cereza, tu capitán ya no sabe quién es, ni quién eres tú. Ni siquiera sabe lo que llevo en mi mano ni para que sirve.”, replicó socarrón el Conde sin dejar de apuntarla con su arma. “El propio mar ha borrado su memoria, y lo trajo a mi isla hace tiempo. Me hubiera gustado matarlo, pero ni él mismo recuerda las atrocidades que le causé en el pasado. No hubiera tenido mérito alguno acabar con su vida ¿comprendes?”

“Déjame a solas con él”

“¿Y permitir que huyáis? De eso nada, tierna fresita. Puede que Cockle ya no recuerde quien es, pero eso no significa que tú no me hayas dejado de interesar.

Al instante la joven supo porqué la Bruja de la Ciénaga le había obligado a vestir de mujer. Decidió jugarse todo a aquella carta.

“Te lo suplico, Courgette, déjame un tiempo a solas con él. Yo haré que vuelva a ser el de antes. Y si lo consigo te prometo que me quedaré contigo para siempre.”

El Conde sonrió.

“Iba a quedarme con ambos igualmente”, replicó socarrón.

“Pero si me dejas intentarlo tendrás al verdadero pirata Robert Cockle.”

Se hizo el silencio. Cockle no hacía más que mirar a uno y mirar a otro sin dar muestras de entendimiento.

“Jajaja, no sé qué demonios pretendes, pequeña frutilla, pero si lo consigues me sentiré muy feliz de poder vengarme de una vez por todas.”

El Conde salió de la habitación y les condujo al calabozo.

“¿Acaso pensabas que os dejaría una acogedora habitación con vistas?”, bromeó tras los oxidados barrotes de la celda. La joven apretó los puños sin dejar de mirarlo hasta que desapareció. A pesar de todo, cumplió con su palabra y no permitió que ningún guardia permaneciera dentro del calabozo. Los dejaron solos con el crepitar de las velas y el rumor de las ratas correteando de celda en celda.

“Robert”, susurró acercándose a él. Aún no había pronunciado ni una sola palabra. Quizás el naufragio le había enmudecido. Si no hubiera sido tan testarudo ahora no estarían allí. Ella nunca le había querido arrebatarse el mando del Galeón Púrpura, todo había sido invención de aquel fastidioso Conde Courgette. De no haber sido por él, Robert no habría discutido con ella ni habría caído accidentalmente al agua, dejando al barco sin capitán.

Ahora Cockle parecía concentrado en los pequeños bichos que se arrastraban por las paredes. Al menos había algo en lo que Robert no había cambiado: la capacidad para sacarla de quicio.

“¡Maldito seas, Robert! Todo es culpa tuya, no tienes remedio. ¿Qué te hizo pensar que quería capitanear tu barco? Hijo de mala madre, mira hasta dónde hemos tenido que venir a buscarte. ¿Crees que es divertido enfrentarse a leones parlantes, estúpidos bufones y condes chalados por salvarte el culo?”

Y siguió con una buena tanda de insultos que había aprendido de sus compañeros de tripulación, pero ninguno parecía afectar al Capitán, que la observaba inmutable.

Después le atestó un par de bofetadas, pero ni reaccionó ni hizo nada por defenderse. Sin más bazas se sentó a su lado agotada. ¿Qué podía hacer? La tripulación jamás daría con aquel recóndito lugar de la isla. Incluso si pudiera enviar alguna señal desde allí era de noche y no podrían verlo. Se asomó de puntillas y respiró un poco de aire fresco, la brisa nocturna le traía el olor salino del mar y sin darse cuenta comenzó a entonar una nana popular que resonó en toda la fortaleza y que emocionó al mismísimo Conde.

“Sobre las olas navegando un viejo galeón
Nadie sabe de donde vino ni a donde irá
Al sol miedo infunde la elegante calavera
De noche la luna posada en el mar acuna
Al pequeño y viejo galeón...”

Y antes de acabar las lágrimas le ahogaron la voz. Desde pequeña su vida había estado atada al mar. Su padre, marinero hijo de marineros, murió una noche de tormenta mientras faenaba. Su madre, incapaz de reconciliarse con el mar por este hecho, la obligó a casarse con un noble que compartía su misma animadversión,

pero ella escapó. Heredando de su padre el amor al mar y disfrazada de muchacho se ganó la vida como marinero y después pirata, hasta que Cockle la descubrió por casualidad de polizón en el Galeón Púrpura. Le había hecho tanta gracia su historia y su desparpajo que no pudo deshacerse de ella. Y desde entonces habían compartido innumerables aventuras. La joven no podía creer que aquélla fuera la última.

“De acuerdo. No dejaremos que ese estúpido Conde se salga con la suya”, murmuró limpiándose las lágrimas con las mangas bordadas de su ajado vestido.

A la mañana siguiente el Conde hizo su visita al calabozo, y al encontrarse la misma situación de la noche anterior, chasqueó la lengua con desaprobación.

“Mi pequeña ciruela, ¿qué te hizo pensar que tú le devolverías a la normalidad? Es el fin de Robert Cockle, empieza a hacerte a la idea.”

“Tenéis razón, Conde. He sido una prepotente al pensarlo. Sin embargo, ya que voy a pasar el resto de mi vida junto a vos, tengo una última petición.”

El Conde Courgette alzó una ceja. Su actitud complaciente le parecía muy sospechosa. ¿Acaso era su reacción al perder toda esperanza de recuperar a su capitán?

“Quiero que devolváis al capitán a su barco.”

“Qué gran absurdo, mi tierna joven. Sabes bien que este hombre es incapaz de llevar ni una simple barca.”

“Por eso no creo que te importe mucho dejarle en libertad. Ya has conseguido lo que querías, me quedaré a tu lado cuanto quieras, pero deja libre a este pobre hombre.”

“Vaya, vaya, vaya. Con que a este pobre hombre.”

El Conde no parecía estar del todo convencido pero a pesar de ello les ordenó salir de la fortaleza y bajar a la playa donde supuestamente esperaban los tripulantes a su capitán. Escoltados por un séquito de guardias-bufones ruidosos, la joven observó entre la maleza dos puntos luminosos. El león lo seguía de cerca intrigado por los acontecimientos. Era insólito que el propio Conde estuviera conduciendo a Cockle a su barco. ¿Cómo lo habría conseguido?, se preguntó. ¿Pudiera ser que la joven reuniera las habilidades suficientes para derrotar al Conde Courgette?

Los piratas habían encallado el barco cerca de la playa y en cuanto vieron a la comitiva pisar la arena de la playa salieron en barcas dispuestos a recibirles, pero al poco de observarlo se quedaron desconcertados. Su capitán corría delante de las olas asustado como un crío pequeño. Robert Cockle de por sí siempre fue un personaje peculiar, con una peculiar forma de hablar y piratear, algo que sus hombres siempre le perdonaron ya que, gracias a sus excéntricos métodos, habían conseguido algún que otro gran tesoro. Pero todos coincidieron en que aquel comportamiento distaba mucho del habitual. No tardaron en reconocer al Conde Courgette junto a la muchacha y enseguida comprendieron que algo andaba mal.

Desembarcaron con armas en mano y el Conde se adelantó unos pasos. Su espantosa indumentaria colorida les inspiraba un enorme desasosiego.

“Apestosos piratas, os devuelvo a vuestro capitán. O lo que queda de él.”

Todas las miradas se dirigieron al recién nombrado, que seguía huyendo de las olas con un gesto de terror.

“¿Ése es nuestro capitán?”, inquirió el Contra maestre.

“¿Qué demonios está haciendo?”, secundó el Borracho.

“¿Y qué pasa con Yashu?”, terció el Bizco con voz temblorosa.

“Ella se queda conmigo. Es un trato justo.”, explicó el Conde.

Ninguno osó contradecirlo y ella se enfureció.

“¿Es que ninguno va a hacer nada?”

Los piratas se miraron entre ellos sin saber qué hacer. De no haber estado Cockle probablemente habrían luchado por recuperarla. Después de todo ella había aprendido de primera mano cómo llevar un barco pirata y ante la desaparición de Robert les había sabido guiar hasta él de nuevo.

“¿Y qué podemos hacer nosotros? Si al menos nuestro capitán volviera en sí...”

En ese momento Robert corría en dirección a ellos y cuando pasó por delante se detuvo arrebatándole la espada al Contramaestre. Comenzó a examinarla como si jamás en la vida hubiera visto algo similar. Y mientras se iba acercando al Conde, que comenzaba a arquear una de sus cejas sin comprender. Cuando se quiso darse cuenta era demasiado tarde: tenía al capitán totalmente cuerdo apuntándole con el filo la garganta.

Yashu aprovechó para soltarse de los guardias y se colocó a su lado.

“¡Estaba convencida de que el Galeón te ayudaría a recuperar la memoria!”, exclamó ella.

“Por supuesto no podía dejar mi barco en tus manos. Habrías sufrido un motín antes de medianoche.”

“Estúpido fanfarrón, de haber sucedido eso jamás habríamos venido a salvarte.”, replicó ella.

“Quizás tengas razón, pequeño ratón, pero tal vez me habrías quemado el casco, o quizás me lo habrías hundido, lo cual habría sido una pérdida enorme, teniendo en cuenta de que el Galeón Púrpura es actualmente la mejor embarcación pirata del mundo.”

Piratas y bufones observaban atónitos la discusión hasta que el Conde le puso punto y final apuntando al capitán con la pistola de la joven.

“¡Cállate, maldito bellaco!”

“¿Qué hace él con tu trabuco? ¿Para eso te doy yo un arma? ¿Para que la vayas regalando por ahí?”

“Fue él quien me la quitó”, se defendió ella. Empezaba a cuestionarse si no habría sido mejor idea quedarse ella con el Galeón y dejar a aquel desagradecido tirado en aquella isla.

Por su parte el Conde estaba exultante.

“Ahora esto comienza a ser divertido. No sólo voy a acabar con mi mayor enemigo sino que además me llevaré una mujer y un barco!... ¿cómo dijiste? ¡Ah sí! ¡La mejor embarcación pirata del mundo, jajaja!”

La tripulación comenzaba a inquietarse por su futuro.

“¿Alguna idea?”, inquirió el Contramaestre.

“Bueno, nosotros somos ocho y ellos trece contando al Conde, está claro que estamos en grave desventaja.”

“Gracias por la observación, mi capitán, pero me refería a si teníais alguna idea sobre cómo escapar de aquí ilesos. ¿Qué podemos hacer?”

“Lo que todo capitán haría en su sano juicio”, contestó y dejó caer la espada alzando las manos en señal de rendición.

“Arreglemos esto como hombres, Conde.”

“Me alegra oír eso, Cockle. Esperaba que solucionáramos éste asunto como caballeros.”

“Por supuesto, Conde. Vos os quedáis con la chica y yo con mi barco. Es un trato justo.”

La joven se enfureció y le arrebató el arma al Conde apuntando directamente al corazón del capitán.

“¿Por qué te enfadas? Creía que ese era el trato que habías pactado con él.”

“¿Qué te hace pensar que quiero pasar el resto de mi vida con un bufón como él?!”

“¿Bufón?!”, resopló Courgette rojo como un pimiento Morrón.

“Parecías dispuesta a hacerlo.”

“¿Y tú lo habrías permitido? ¿Aunque te hubiera salvado la vida?!”

El Conde se acercó con intención de arrebatarle el arma, pero ella se giró apuntándole.

“Un solo movimiento, Conde, y os dejaré ambos hombros igualados.”

En ese momento de distracción Robert recuperó la espada y sacó la del Courgette de su cincho con la punta de la suya y se la entregó.

“¿Por dónde íbamos? ¡Ah sí! Hablábamos de solucionar esto como caballeros, ¿no es así, señor Conde?”

“Está bien, acabemos de una vez por todas.”

“¿Escuchadme bien: quien gane se quedará con todo!”, anunció el Capitán Cockle iniciando el duelo.

Yashu había entendido la estratagema de Robert pero la furia la dominaba y apuntaba con su pistola a sendos hombres. El Conde arremetía contra Cockle pero éste le esquivaba con facilidad. Sin embargo cuando intentaba devolver la estocada, Courgette la bloqueaba sin problema. Ambos eran buenos espadachines y la cosa estaba reñida. Sin embargo el Conde, en un intento de desequilibrar la balanza, cogió un puñado de tierra y se la lanzó al capitán, cegándole. Fue el momento que Yashu eligió para decidir, ya que el Conde se tomaba la licencia de jugar sucio ella apretó el gatillo, alcanzando su hombro derecho y tumbándole en la arena blanca.

“¡Vamos, todos a la barca!”, ordenó Robert en un gesto, pero la joven no se movía. Seguía con la pistola humeante entre las manos. La cogió de la cintura y la cargó en su hombro pero las faldas y las enaguas le impedían ver así que llegó a la barca a tientas y allí la descargó como si fuera un saco de patatas.

A la vuelta todos comentaban aliviados la suerte de haber salido con vida de aquella aventura. Todos menos la joven Yashu, que no dejaba de mirar hacia la playa.

“¿De dónde demonios has sacado esta ropa?”, le preguntó el capitán cuando ya estaban cerca del galeón. Pero ella no respondió. El Contramaestre le dirigió a Robert un gesto de resignación. ¿Quién entendía a las mujeres?

En cuanto subieron ella se apresuró a cambiarse las ropas. Ahora la exigencia de la Bruja que llevara vestido carecía de sentido. Gracias a eso había estado a punto de quedarse atrapada en aquella isla con el ridículo Conde. ¿Acaso no habría sido un truco de la hechicera para apartarla de Robert Cockle? Los corazones de los piratas eran tan volubles como el mar y no estaba dispuesta a entregar el suyo a quien no merecía. ¡Qué canalla! ¡Y pensar que había arriesgado su vida por él!

Dejando a un lado las reflexiones se apresuró a subir de nuevo a cubierta y cumplir con sus obligaciones habituales en el Galeón Púrpura, pues antes que mujer era pirata, y antes que pirata, marinero. Allí se encontró con la rutina de

siempre, amarrar velas, soltar cabos, fregar suelos, otear el horizonte... Contemplando la escena supo que no cambiaría su vida por nadie, por muy fanfarrón que fuera su estúpido capitán.

“¿Quién te ha dado permiso para escaquearte del trabajo, pequeño ratón?”, escuchó a su espalda.

“Mi capitán, ya que arriesgué mi vida por un memo como vos, me he tomado la licencia de descansar por un rato.”, respondió con los brazos en horcajadas.

Todos los que escucharon su tono supieron que aún seguía furiosa con él y esperaron ansiosos una nueva discusión. Siempre era divertido verles intercambiar sus originales insultos, pero para disgusto suyo Robert no lo permitió.

“Ven al camarote.”, le ordenó secamente y ella le siguió abandonando el cubo y la fregona en cubierta. Una vez dentro la invitó a sentarse, cosa inusual y la joven accedió con el ceño fruncido.

“Podrías haberte quedado el barco. ¿Por qué no lo hiciste?”

“Tal como dijiste habría habido un motín. Ellos jamás seguirían a una mujer.”

“Pero a mi pesar lo hicieron”

“Eso era porque la misión llevaba tu nombre.”, explicó evitando su mirada.

“Podías haber fingido que intentaste rescatarme y que no hubo éxito. Estoy convencido de que hubieras sido una gran capitana del Galeón Púrpura.”

¿A qué venía tanto halago?, se preguntó extrañada. Observó la botella casi vacía de ron. ¡Qué fastidio! Seguramente al día siguiente le todos tendrían que aguantar su odiosa resaca.

“¿Mi capitán quería algo más a parte de burlarse de mí?”, inquirió molesta.

“Por supuesto, pequeño ratón, debo darle las gracias a tu interpretación de *El Viejo Galeón Pirata*. Gracias a ti recuperaré mis sentidos. Y puedo asegurar sin miedo a equivocarme que jamás en mi vida había escuchado una versión tan espantosa ni tan desentonada como...”

No pudo acabar la frase porque ella comenzó a lanzarle todo lo que tenía a su alcance: primero fue la botella, después un candelabro –por fortuna inutilizable-. Le siguieron las sucias botas del capitán y cuando ya no quedó nada más de medio tamaño pasó al barril que hacía las veces de mesa supletoria. Cockle los evitó con gran agilidad y cuando ella agarró los bordes del tonel la detuvo sujetándola por las muñecas. Observó sus ropas con una mueca de disgusto.

“Es una lástima que te hayas desecho de tu vestido, no te sentaba del todo mal pero ya conoces el dicho, aunque un ratón se vista de seda...”

Una lluvia de puñetazos le empujó contra la pared del camarote. El ruido de su espalda chocando contra la madera hizo que la tripulación contuviera el aliento pero ninguno se atrevió a asomarse.

“¡Lo que sí es una lástima es haber salvado a un arrogante como tú, Robert Cockle! ¡Y también que este ratón le haya entregado su vida por dos veces!”

“¡Cierto! Habrá que recompensarte debidamente.”, respondió con una sonrisa y tomándola de sus mejillas le plantó los labios en los suyos. Ella se apartó ruborizada y se limpió los restos del beso con la manga.

“Parece que no estás de acuerdo con el pago.”, bromeó él al ver su expresión.

“¡Pues claro que no, necio capitán! Si piensas que arriesgué mi valiosa vida sólo para esto, estás muy equivocado. Sólo hay una manera de que puedas saldar tu deuda conmigo.”

“Soy todo oídos.”

Yashu sonrió y sacó un mapa ajado y medio desecho de su camisa. Robert hizo amago de quitárselo pero ella lo escondió tras su espalda regocijándose en el infantil gesto de disgusto del capitán.

“Mapa de la Isla Salamandra. Un grandioso tesoro de oro y piedras preciosas. Volcanes activos, densas selvas plagadas de mosquitos y serpientes, tribus de caníbales, en fin, la rutina de siempre. Cincuenta por ciento para mí y cincuenta por ciento para vos y la tripulación.”

Robert se echó a reír a carcajadas.

“Maldito seas, pequeño ratón, nadie puede negar que no hayas aprendido de este necio capitán.”

“Aún no he acabado, mi capitán: Yo guardaré el mapa y dirigiré el rumbo en todo momento. *Eso* es un pago justo.”

“Para no querer capitanear el Galeón pones mucho empeño en disponer de él.”

“¿Quién ha dicho que me interese sólo el Galeón?”, replicó ella entornando los ojos. Sentía un placer indescriptible controlando la situación.

“Sería el primer barco pirata con dos capitanes al mando. ¿Qué dirán mis hombres?”

“Nada que no hayan dicho ya. Os recuerdo que ya capitaneé este barco por vos y creo que no lo hice tan mal.”

“Me refería a qué dirá mi tripulación cuando se entere de que hemos elegido la peligrosa Isla Salamandra como escenario para nuestra luna de miel.”

“Probablemente lo celebren con ron”, respondió sonriente.

“Bien, pues empecemos celebrándolo nosotros”, propuso el capitán sacando una nueva botella de ron.

“¡Por la Isla Salamandra y sus caníbales!”, brindaron antes de vaciar el vaso de un trago.

A partir de entonces la vida en el Galeón volvió a ser la misma, con la pequeña diferencia de que ahora eran dos capitanes los protagonistas de las discusiones. Pero a nadie de la tripulación parecía importarle siempre y cuando fabulosos tesoros y peligrosas islas del océano marcaran su destino.